

funestamente, debía ser causa de grandes cambios en el estado interior de Inglaterra, enfrióse su entusiasmo y renunció en 21 de mayo de 1830, definitivamente, al trono de Grecia. Estalló entonces la revolución de julio en París, que paralizó la conferencia y aplazó hasta una época indeterminada la resolución de las potencias respecto de la suerte de la Grecia.

Había quedado Capodistria solo en el campo, pero su triunfo duró poco. La antipatía general que inspiraba se había trocado en odio, que se aumentó con el eco de la revolución de julio, y en julio del año siguiente estalló la mina. Patriotas como Conduriotis y Maurocordatos se pusieron a la cabeza del pronunciamiento. Miaulis, obedeciendo una orden de la población de la isla de Hidra, se hizo cargo del mando de la escuadra griega en el puerto de Paros, y cuando el almirante ruso Ricord quiso apoderarse de ella a la fuerza, prefirió Miaulis entregarla a las llamas, en 13 de agosto, antes de permitir que cayera en manos de los rusos. Los mainotas se pronunciaron también, pero costó caro el movimiento a la familia principal, la de los Mauromicalis, que ya había perdido en la lucha de la independencia 49 individuos. Ni estas pruebas de patriotismo ni la elevada categoría de príncipes que solían reconocer hasta los extranjeros en los jefes de la familia Mauromicalis, fueron parte para que Capodistria le tuviera consideración. Al contrario, mandó prender a un gran número de individuos de ella, acusándoles de alta traición, incluso el famoso Pedro Mauromicalis, llamado generalmente Petrobei (1), «el rey de la Maina,» que a la sazón contaba 56 años y a quien no quiso poner en libertad a pesar de los ruegos de su madre, anciana octogenaria. Esta fue la sentencia de muerte de Capodistria, que en 9 de setiembre al entrar en la iglesia fue asesinado por Constantino y Jorge Mauromicalis, el primero hermano y el segundo sobrino del viejo Pedro ó Petrobei (2). El senado entonces entregó el poder ejecutivo supremo a un triunvirato compuesto del hermano del asesinado, Agustín Capodistria, Colocotronis y Coletis; pero el primero quiso ser dueño único y con esto provocó una nueva guerra civil, que le obligó a abdicar en 9 de abril de 1832, pasando el gobierno a los constitucionales, que pusieron en libertad a Pedro Mauromicalis, pero no tuvieron fuerza para detener la creciente desorganización interior.

Entre tanto, la conferencia de Londres había emprendido otra vez su trabajo y encontrado un nuevo candidato a su gusto para el trono de Grecia en el príncipe Oton, hijo del rey Luis de Baviera, que a la sazón iba a cumplir 17 años y al cual concedieron las potencias, a petición de su padre, el título de rey, le garantizaron un empréstito y la línea de Arta a Volo como límite de su reino. La cuádruple alianza confirmó en 7 de mayo de 1832 la existencia legal del nuevo Estado y en 6 de febrero de 1833 desembarcó el joven rey en Nauplia, acompañado de un consejo de regencia compuesto de bávaros y de un cuerpo de 3,500 hombres, bávaros también.

Crear un reino en el suelo de Grecia, que no presentaba entonces sino una vasta superficie asolada en la cual el viajero solo encontraba ruinas y escombros de aldeas arrasadas, acá y allá algún tronco de árbol carbonizado, y entre montones de piedras algunas mujeres y niños que allí habían buscado un mísero abrigo contra la intemperie, era empresa superior a la inteligencia y a las fuerzas de los bávaros, que solo conocían su propio país, a cuyas instituciones, régimen y costumbres feudales querían adaptarlo todo. El gobierno

(1) Porque el sultán le había nombrado en 1816 bey ó beg.

(2) Constantino Mauromicalis murió en el acto mismo, acuchillado por el séquito de Capodistria. El hecho tuvo lugar no el 9 de setiembre sino el 9 de octubre de 1831. Su hijo Jorge fue preso en el acto y fusilado el 22 del mismo mes. (N. del T.)

autónomo y patriarcal, hasta cierto grado, de los pueblos, ciudades y distritos griegos, les causaba horror, y se propusieron a toda costa reemplazarlo con una administración centralizadora, rígida, brutal y realista, cosa evidentemente imposible, por cuya razón el régimen bávaro no consiguió arraigarse y pasó casi sin dejar huellas.

Para la Europa, la redención del pueblo griego significó una etapa memorabilísima de su historia moderna por muchas razones; primero, porque fue un gran paso para la expulsión de los turcos de Europa; luego porque originó la disolución de la Santa Alianza, y mas que todo, por la semilla de vigor nacional que dejó en los pueblos europeos la impresión producida por la lucha heroica y la victoria final de una nación reducidísima. La conducta decidida y arrojada de Canning había hecho penetrar una brisa refrigerante en la asfixiante atmósfera de la política ultra monárquica de los soberanos de aquella época; pero la lucha del pueblo griego por su independencia sacudió de los ánimos en toda Europa la atonía, el desaliento y el desengaño fatalista que los tenían embargados desde el fin de las guerras napoleónicas y el naufragio de tantas esperanzas halagüeñas como habían alimentado los corazones liberales. El entusiasmo que la redención del exiguo pueblo griego despertó en individuos de todos los partidos y clases de la sociedad, hizo renacer la fe en la virtud y en la fuerza de los bienes intelectuales del hombre, y esta fue la primera manifestación grande y eficaz, aunque tácita, de la opinión pública.

### CAPITULO III

#### ESTADO INTERIOR DE INGLATERRA DESPUES DE 1815 (3)

Los principios para cuya aplicación universal se habían reunido las potencias absolutistas en el congreso de Troppau, habían quedado arrollados por el empuje irresistible de la realidad de los hechos. El desarrollo interior de los pueblos fue uno de los factores principales que contribuyeron a destruir un sistema que pretendía encerrar la expansión é incremento del genio humano en un estrecho y arbitrario molde. Esta expansión fue la que obligó al gobierno tory inglés, tan inclinado a los principios de la Santa Alianza, a mantenerse desde el primer momento apartado de ella, a prescindir después, y finalmente, a declararse contra ella y oponerle un dique.

Con la conclusión de las guerras napoleónicas empezó para la Inglaterra una época de transformación trascendental. Ninguna otra nación había combatido a la revolución francesa con mas perseverancia que la Gran Bretaña, protegida por las olas contra la invasión francesa, que se derramó por todos los países del continente. Pero ni las olas, ni la consecuencia inflexible fueron bastantes para impedir la introducción de los gérmenes democráticos, procedentes de los Estados-Unidos de América y de Francia, en el edificio político-aristocrático, tan sólidamente trabado y consagrado por el tiempo y la tradición, de la vieja Inglaterra. Solo la nación inglesa con su práctica y buen sentido políticos pudo resistir sin peligro notable la aclimatación de las nuevas doctrinas y hasta sacar de ellas nuevo vigor para su existencia y vitalidad, mientras en Francia estas mismas doctrinas produjeron cataclismos que tuvieron al país en un estado de fermentación a veces espantosa y lo llevaron al borde de su ruina completa, como llevaron a los países neo-latinos meridionales.

(3) R. Pauli, *Historia de Inglaterra desde los tratados de paz de 1814 y 1815* (en alemán, 1864), tomo I.—Spencer Walpole, *History of England from the conclusion of the great war in 1815*, tomo I y II. 1878.



Los primeros años que siguieron al restablecimiento de la paz fueron alictivos para la Inglaterra por muchas razones. En el trono estaba sentado un rey enfermo de entendimiento; su hijo mayor, el príncipe regente, que hacía sus veces, era un hombre crapuloso y de bajas inclinaciones, aunque exteriormente modelo de la elegancia mas refinada; y en lugar de cumplir con los graves deberes de su cargo no conocía otra ambición sino la de ser el hombre mas atildado y petimetre de Europa. Apenas se vió revestido de las insignias de su elevado cargo, renegó de sus antiguos amigos del partido whig para hacerse ultra-tory. Bajo el pretexto de renunciar á su vida disoluta y de querer cambiar en adelante de conducta, pero en realidad para desembarazarse de 600,000 libras esterlinas de deudas personales, se casó en 1794 con su prima Carolina de Brunswick; y la insolencia que mostró á la primera entrevista fué causa de una aversión mutua que acabó al año siguiente en una separación definitiva, despues de haber la princesa dado á luz una hija, en 7 de enero de 1795. Carolina vivió entonces repudiada ó poco menos, alejada de la corte, separada de su hija, distraendo su vida solitaria y monótona con la sociedad de personas de talento como Walter Scott, lord Byron, Canning, Lawrence y otros. La opinión pública estaba en su favor y contra el rey su esposo, y en las clases elevadas de la sociedad inglesa no la faltaron amigos y partidarios; pero esto á la verdad era debido mas al espíritu de partido que al deseo de pagar tributo á la justicia y á la simpatía que inspira toda víctima inocente. Por lo demás, hasta entonces la malignidad mas escudriñadora no habia podido encontrar en su conducta ninguna falta verdaderamente reprehensible, fuera de su educación defectuosa y algunas imprudencias. El partido que simpatizó con ella fué el whig, pues que los tories la habian vuelto la espalda desde que su esposo el príncipe regente se habia declarado por ellos. Con todo, la posición de la pobre princesa, de carácter poco formal y bastante sensual, y por lo mismo rodeada de espías, llegó á ser para ella tan insupportable que resolvió viajar. Entonces, lejos de Inglaterra, creyéndose libre, echó á un lado las consideraciones debidas á su categoría y con su vida aventurera y equívoca dió armas á sus adversarios. La princesa Carlota, hija de este desgraciado matrimonio, fué desposada por su padre con el príncipe de Orange, y debia pasar con este motivo á Holanda, que era lo que su padre el príncipe regente deseaba en vista de la gran popularidad que la princesa gozaba en el país; pero ella se negó á abandonar la Inglaterra, los desposorios hubieron de anularse y la futura heredera del trono dió su mano al príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo. Este matrimonio fué feliz, pero corto, porque la princesa murió en 1817 á consecuencia de un mal parto, habiendo dado á luz un niño muerto. A fin de que no se extinguiera la dinastía, los tres hermanos menores del príncipe regente resolvieron contraer matrimonio, á pesar de su edad ya algo avanzada; pero dos de ellos, los duques de Cambridge y de Clarence, eran tan mal quistos que la cámara de los comunes rebajó mucho las dotaciones que el gobierno pidió para ellos, mientras votó sin reduccion alguna la destinada al tercero, el duque de Kent. Este se casó tambien con una alemana, la hija del duque de Sajonia-Saalfeld, viuda del príncipe de Leiningen, la cual dió á luz en 24 de mayo de 1819 una hija, Victoria, que mas adelante subió al trono de Inglaterra y lo ocupa todavía.

El timon del Estado continuaba desde mucho tiempo en manos del partido tory; pero el gabinete estaba á la sazón formado de medianías, no obstante el feliz éxito de la guerra contra la república francesa y contra Napoleon. Toda su política, perfectamente de acuerdo con la aristocracia privile-

giada, estaba dictada por el miedo que le inspiraban los extravíos de la revolucion y por la aversión de tocar á lo existente. El jefe del ministerio, lord Liverpool, carácter indolente y bonachon, no era tan odiado por el pueblo inglés, que pugnaba por avanzar siempre, como el canciller Eldon, enemigo declarado é implacable de toda reforma, y el ministro de Negocios extranjeros Castlereagh, por su indigna sumisión á las grandes potencias del continente. La guerra estaba concluida, pero en ninguna parte se tocaban los beneficios de la paz; al contrario, en lugar de ellos sobrevino una verdadera catástrofe económica como la Inglaterra apenas habia visto otra igual. A la pesadísima carga de impuestos que gravitaba sobre el pueblo inglés con motivo de la deuda nacional, que desde doscientos veintiocho millones de libras esterlinas que importaba en 1793 habia subido hasta ochocientos sesenta y un millones, se juntó una crisis mercantil espantosa, debida á un exceso de producción facilitada por la introducción de la maquinaria moderna en casi todas las industrias, y á la competencia de la industria extranjera, perfeccionada y desarrollada durante el dominio del sistema proteccionista napoleónico, conforme lo exigía el bloqueo continental. Apenas habia cesado este bloqueo cuando la especulación febril inglesa arrojó á los mercados cantidades enormes de productos elaborados, sin tener en cuenta el empobrecimiento general que habia causado la guerra ni la competencia de la industria extranjera. El resultado fué una paralización de ventas, seguida de una baja continua de los precios, en pos de la cual llegó necesariamente la suspensión de los trabajos, y finalmente el hambre y todas las miserias para los operarios y los pobres. El aumento del proletariado fué espantoso, como puede inferirse del sucesivo desarrollo del impuesto de pobres, que siendo en 1801, en Inglaterra y en el condado de Gales, de cuatro millones, habia llegado en 1816 á siete millones de libras esterlinas, calculándose que de cada once personas vivia una de la caridad local. La miseria engendró mayor criminalidad. En el condado de Leicester aparecieron bandas misteriosas como las de los luddistas, que de noche invadieron las fábricas y destruyeron las máquinas. En cambio los pobres mineros del condado de Gales y de Newcastle soportaron, sin promover desórdenes, la miseria y el hambre mientras fué humanamente posible, hasta que finalmente su admirable mansedumbre cedió tambien á la miseria feroz. Andando así las cosas de mal en peor, sobrevino el licenciamiento de grandes masas en las fuerzas terrestres y marítimas, que llenaron los pueblos y caminos de bandas de vagabundos y ladrones. En todas partes ocurrían motines y ataques á molineros, panaderos, carniceros y cervecedores, con sus incendios y otras devastaciones. En el período de cuatro años, desde 1815 hasta 1819, se duplicó el número de causas criminales, de sentencias y de ejecuciones capitales, mientras la organización de la policía, de la beneficencia y de la justicia, en lugar de disminuir la miseria y los crímenes, los fomentaba. La legislación vetusta y completamente errónea de socorro á los pobres fomentó en la población rural la pereza y amenazaba devorar el capital de los propietarios y de los arrendatarios. Cada municipio endosaba á los demás cuanto podia de su carga de socorro á la indigencia, y como la ley permitía que cada uno colocara á los hijos de los pobres socorridos como aprendices donde quisiera, y si en el término de cuarenta dias no eran reclamados no tenia obligación ni derecho de cuidarse mas de ellos, resultó un verdadero comercio de esclavos blancos, que proveía las fábricas de niños, que trabajaban muchas horas y costaban poco, y no teniendo ni familia ni hogar patrio estaban á la merced de los amos de fábrica. Los asilos donde las autoridades locales ó de distrito



*His Most Gracious Majesty*  
**George the Fourth**

Jorge IV, rey de Inglaterra



recogían sus desvalidos y pobres se hallaban en un estado tan horrible que los infelices que no tenían mas alternativa que vivir de la caridad pública ó robar, preferían ingresar en las cárceles antes de dejarse encerrar en uno de estos asilos de pobres. La administración de justicia contribuía por su parte á aumentar la criminalidad, porque el código criminal inglés era el de otros siglos, que fijaba la pena de muerte para doscientos crímenes y delitos, como por ejemplo para los hurtos que pasaban de cinco chelines; y como el jurado no podía hacer mas que declarar culpables ó absolver á los acusados, daba esta segunda declaracion siempre que no se trataba de crímenes que merecieran la pena de muerte; de suerte que para no aplicar un castigo fuera de toda proporcion con el delito, esta clase de delincuentes resultaba impune.

Las clases privilegiadas, el gobierno y el parlamento, educados en el egoísmo y en las preocupaciones seculares de su clase respectiva, miraban con indiferencia completa al pueblo bajo, que gemía bajo la tortura del hambre; ninguna mano se movía ni para disminuir las necesidades materiales ni para levantar el nivel moral é intelectual del proletariado. Nada se hizo para la instruccion del pueblo, á pesar de que dos millones de niños quedaban, por término medio, cada año sin instruccion, porque la aristocracia, que era la clase dominante, consideraba la ignorancia del pueblo como la cosa mas conveniente á su interés, y su extincion como un peligro. La Iglesia del Estado era demasiado altanera, dura y afecta á las riquezas materiales para que le ocurriera echar una mirada compasiva á la miseria física y espiritual que se retorcia á sus piés. El gobierno secular habia llegado á ser un instituto á favor de un contado número de individuos privilegiados, y mientras el bajo clero vivía en la indigencia, el nepotismo, convertido en regla general, colocaba en los puestos elevados, todos profusamente dotados y algunos hasta el exceso, á los hijos menores y á los protegidos de la aristocracia, hombres de la alta sociedad como sus parientes. Esto explica la formacion de tantas sectas como las de los metodistas, unitarios, independientes y otras, porque el pueblo buscaba calor, religion y consuelo que la Iglesia oficial no le daba. Estas sectas tomaron por lo mismo rapidísimo incremento y paso á paso hicieron adeptos en las clases media y elevada, bien que durante mucho tiempo era considerado de mal tono pertenecer á otra Iglesia distinta de la oficial. El ministerio tory, deseoso solamente de conservar á todo trance el poder, protegió á los propietarios territoriales porque formaban la mayoría en el parlamento, y no se cuidó ni poco ni mucho de la suerte del pueblo bajo, como se vió palpablemente cuando en 1815 la agricultura pasó por una crisis análoga á la que sufrió la industria. Durante la guerra y á consecuencia del bloqueo continental que impidió la introduccion de productos agrícolas en Inglaterra, la agricultura indígena habia disfrutado de un monopolio que hizo subir considerablemente la renta de las tierras; mas apenas se hubo firmado la paz, la propiedad rural experimentó una baja tan súbita y cruel con la llegada de grandes cantidades de trigo de Rusia, que originó una miseria general entre la poblacion agrícola, cuyas consecuencias alcanzaron á los mismos propietarios territoriales. A estos últimos apresuróse á ayudar el gobierno bajo el pretexto de proteger la agricultura británica, prestando su cooperacion al restablecimiento de los derechos de entrada sobre los cereales extranjeros, con lo cual encareció artificialmente el pan para las clases indigentes, al mismo tiempo que abandonaba la industria á sus propios recursos. Acabaron de extremar la miseria las malas cosechas de 1816 y 1817, que hicieron subir al doble los precios de los comestibles mas indispensables. Calcúlense,

pues, la impresion que debían producir en el pueblo inglés, en presencia de esta miseria general, los grandes y brutales despilfarros del príncipe regente y la torpe administracion de la hacienda, que no sabia encontrar otro remedio para cubrir el déficit permanente mas que pedir al parlamento la continuacion del impuesto sobre la renta. Verdad es que lo pidió inútilmente á causa de la entereza de la cámara de los comunes, que rechazó la proposicion, porque el impuesto habia sido autorizado solamente para subvenir á los gastos de la guerra.

Cuanto mas directa y rudamente sintió cada individuo las consecuencias de esta situacion angustiosa, tanto mayor fué la energía con que se realizó en los ánimos la gran trasformacion, ya iniciada desde algunos años antes; y así poco á poco se fué dispersando la bruma pesada en que estaba envuelto el pueblo inglés y se disiparon las tinieblas ante el alba de una nueva época mas venturosa que las anteriores. Mientras Nelson y Wellington libraban en lejanos mares y países sus gloriosas batallas, una brillante pléyade de pensadores profundos y escritores de talento daba otros combates no menos importantes, aunque menos ruidosos, contra los errores y las preocupaciones, herencia de muchas generaciones. Adam Smith, el mas grande de estos pensadores, demostró las leyes naturales á que obedece toda produccion, fruto del trabajo del hombre, y el error de los que quieren proteger una clase de trabajo á costa de las demás; despues Malthus explicó las leyes que rigen el aumento y disminucion de los pueblos; Ricardo investigó la razon y esencia de la produccion agrícola; Hallam puso de manifiesto el origen y carácter de la constitucion política de Inglaterra, y Jeremías Bentham adquirió una fama universal, mayor en el extranjero que en su patria, con su doctrina llamada *utilitaria*, que enseña que el objeto y el deber de la sociedad humana consisten en procurar al mayor número posible de sus miembros la mayor cantidad posible de bienestar. Hallam fué con su doctrina el oráculo y genio legislador de todos los países sedientos de un régimen constitucional; pero el efecto visible de esta doctrina tardó en manifestarse, porque solo podia aparecer despues de un período mas ó menos largo de incubacion ó fermentacion interior, constante é irresistible, y gracias al sentido práctico innato de los ingleses, despojada de toda la parte utópica.

Tambien produjo la nueva generacion genios que trataron de los trabajos políticos y reformistas, que los excesos de la revolucion habian hecho arrinconar; pero los aplicaron al terreno humanitario, activo y práctico, atacando determinados abusos reñidos completamente con el carácter de la época moderna. El excelente jurista Samuel Romilly abrió la lucha contra el vetusto derecho penal inglés, excesivamente bárbaro y por lo mismo irracional; y á la muerte de este escritor continuó la guerra Macintosh, aunque ambos con escaso resultado á causa de la tenacidad con que las autoridades supremas se resistían en Inglaterra, como en los otros países, á toda clase de modificaciones é innovaciones. Así solo á costa de mucho trabajo y constancia se consiguieron algunos progresos poco á poco, de lo cual puede formarse una idea sabiendo que la cámara alta se negó todavía en 1816 á derogar la ley que castigaba con la horca todo hurto cometido en tienda que pasara de cinco chelines (25 reales). La primera victoria que alcanzó el partido de la reforma fué en 1819 con el nombramiento de una comision para la revision de las leyes penales, tocante á crímenes de pena capital. Esta comision propuso la abolicion de la pena de muerte por un gran número de delitos de menor importancia.

A la secta cuáquera corresponde la gloria principal de haberse cuidado de los pobres y desgraciados. Isabel Fry